18.11.1980 (9.29)

EL FRACASO DE LA CONFERENCIA DE MADRID.

Jordi Solé Tura

Creo que a estas alturas ya se puede afirmar que la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa que se está celebrando en Madrid va a resultar un fracaso.

Hasta ahora las reuniones se han consumido en cuestiones de reglamento, aunque detrás de ello hay naturalmente importantes problemas políticos. Y cuando por fin se ha alcanzado un acuerdo precario sobre el reglamento los debates se han convertido en monólogos de una extrema violencia verbal, inusitada en los usos diplomáticos.

No sé en qué parará todo esto, pero desde luego no se vislumbra ninguna perspectiva de acuerdo constructivo, más allá de la batalla prppagandística.

No basta, sin embargo, con lamentarse de ello. Hay que decir que el fracaso de la Conferencia de Madrid puede ser una auténtica tragedia y que hay que luchar para evitarlo.

La primera Conferencia de este tipo se celebró, como es sabido, en Helsinki en 1975 y dió resultados muy interesantes. No significaba, desde luego, la superación de los grandes bloques político-militares, pero abría vías de negociación y de entendimiento para la preservación de la paz, la reducción de la carrera armamentista y el desarrollo de los derechos humanos.

Desde entonces han pasado muchas cosas. La crisis económica, ya patente por aquel entonces, se ha agravado, afectando con mayor o menor intensidad a los países de uno y de otro bloque. La crisis de civilización se ha agudizado, la carrera de armamentos se ha acelerado y han aumentado, en general, los peligros de guerra.

Las distancias entre los dos bloques político-militares se han ahondado y si entonces parecía abrirse paso la perspectiva de una superación de la bipolarización mundial hoy la tendencia dominante es precisamente la de una mayor bipolarización.

La Conferencia subsiguiente -- la de Belgrado -- ya anunció las dificultades con que iba a chocar el combate por la paz, el desarme y la cooperación. La Conferencia de Madrid las ha confirmado plenamente y nadie puede sentirse satisfecho por ello.

Algunos medios de comunicación -- y muy especialmente la Televisión, cuyo cronista parece estar a sueldo del gobierno de los Estados Unidos -- han presentado la Conferencia de Madrid como una película de buenos y

y malos en la que los Estados Unidos, naturalmente, son el bueno y la URSS el malo. La propia delegación del gobierno español ha abundado en este planteamiento, como un miembro más de la OTAN, olvidando que si Madrid fué elegida como sede de la Conferencia fué, precisamente, por su condición de capital de un país oficialmente no integrado en ninguna de las dos grandes alianzas militares.

El hecho es que la tribuna de la Conferencia se ha convertido en un foro de propaganda y de acusaciones recíprocas, en un clima de tensión continuada. Los representantes de los países capitalistas con gobiernos de derecha se han dedicado a acusar a la URSS, manejando como un instrumento de propaganda el tema del respeto a los derechos humanos y el del Afganistán. Por su parte, los países del este, con la URSS a la cabeza, se han dedicado a contratacar aduciendo que éste no es tema propio de la Conferencia, sin salir de una posición defensiva.

Así no se va a ninguna parte. Creo que hay que decir claramente que el tema de los derechos humanos sí que es un tema propio de la Conferencia, pues así se estableció en la reunión de Helsinki. Y que cuestiones como la de Afganistán deben ser abordadas con claridad, tomando las medidas necesarias para retirar las tropas soviéticas de un país en el que nunca debieran haber entrado.

De otro modo, la URSS se coloca en un terreno que deja a sus adversarios un amplio margen de maniobra y, a la vez, les permite ocultar sus propias responsabilidades en el deterioro de la paz y de la convivencia internacionales. Y así, ni los unos ni los otros entran en lo que debería ser el terreno propio de la Conferencia, es decir, la seguridad y la cooperación en Europa.

Porque lo que está ocurriendo no se debe a una falsa dicotomía entre buenos y malos. Así, por ejemplo, mal pueden los Estados Unidos aparecer como abanderados de los derechos humanos cuando su presidente electo, el Sr. Reagan, proclama que ésta es una cuestión secundaria y cuando su gobierno ampara a dictaduras tan feroces como las de tantos países de América Latina y Asia.

En punto a la carrera armamentista, es el gobierno de los Estados Unidos el que ha propuesto no ratificar el tratado Salt II y el que insiste en llenar el suelo de Europa con cohetes nucleares, a la vez que exige un aumento sustancial del presupuesto militar de todos los países miembros de la OTAN.

Por su parte, la URSS, con la invasión de Afganistán, con las

limitaciones y discriminaciones en el ejercicio de los derechos y libertades y con el incremento de su propio potencial nuclear en Europa contribuye a generar un clima bélico, a la vez que se aisla de los países no alienados y debilita el frente de los países antiimperialistas.

En todo esto lo que no se ve por parte alguna es el papel de los restantes países europeos. O bien sus gobiernos se alinean con la potencia hegemónica de uno u otro bloque, o bien forman un grupo de no alineados de alto valor moral pero de escasa fuerza.

Y ahí está, seguramente, otra de las claves del problema. Yo no digo que todo se resuelva haciendo surgir en Europa una especie de tercer bloque. Lo que sí digo es que sin una iniciativa protagonizada por los pueblos europeos en favor de la paz, la distensión y el desarme no hay salida, porque sin ello todo va a depender de los eventuales acuerdos o desacuerdos entre las dos grandes potencias.

Esta iniciativa de los pueblos de Europa hoy no se manifiesta porque sus países están supeditados a la lógica y a los imperativos de los bloques y porque sus gobiernos son, en general, incapaces de encabezar una iniciativa autónoma.

Sólo una alternativa basada en las fuerzas de izquierda, unidas en torno a un programa de paz, de distensión, de desarme, de lucha efectiva contra la crisis y el paro, puede generar el impulso popular suficiente para hacer frente a la situación actual. Todo ello en el bien entendido de que esta iniciativa de los pueblos de Europa no puede quedar encerrada en si misma. Es necesario que se vincule al potencial renovador de los pueblos que luchan contra la dependencia neocolonial y a los pueblos de las propias grandes potencias que ansían la paz, la libertad y el bienestar. Cada avance de la libertad en el seno de éstos debe ser visto y aprovechado como un refuerzo del frente de la paz, la distensión y el desarme, no como un arma arrojadiza en el contexto de una nueva guerra fría.

Sé que esto puede parecer abstracto y hasta utópico en las condiciones de hoy. Pero precisamente en estas condiciones debe ser más fuerte que nunca la carga renovadora de la esperanza para promover una auténtica movilización de los pueblos.

El Periódico, 18 nov - 1980